

## La piedra y el agua de Fiz de Cotovelo

Había abandonado aquellas montañas dos décadas atrás, y aunque fueron frecuentes sus viajes a la capital, las prisas por volver al mar, que ahora era su feudo familiar, impidieron una parada o una visita. Siempre atravesaba el macizo central, separador de mesetas, por el hueco horadado en la roca. Sin embargo, esta vez, algo le llamó la atención.

Fue un simple cartel que vio al salir de Sala en Guadarrama, tras dar cuenta con un cliente, de unas excelentes gambas y unas succulentas chuletillas de lechal. Señalaba una dirección; Los Molinos – Navacerrada. Terminado el negocio y con un horizonte cercano en el que solo aparecían apuntadas en su agenda unas aburridas horas de conducción de regreso, pensó que una visita al puerto no le demoraría demasiado. Conduciendo fue recordando lo que la montaña le había dado. Lo que la montaña le había enseñado. Y se acordó de cómo siendo apenas un adolescente recorría esa misma carretera, mucho peor acondicionada, de copiloto con su tío. Aquel tío que le hizo amar las montañas. Aquel que escaló las más altas cotas en lugares ignotos con nombres tibetanos, pero que disfrutaba más si cabe recorriendo como si fuera su jardín de recreo La Pedriza, con sus nombres míticos: El Yelmo, Los Fantasma, Las Torres.... Y al llegar al puerto de Navacerrada, recuerda como siendo un niño, su tío llevaba a sus sobrinos hasta el puerto y comenzando para aquellos críos una aventura, los subía en el telesilla, con aquella barandilla helada que impedía poner las manos si no se portaban guantes, con los pies volando en el ascenso y el temor de perder una zapatilla en aquella inmensidad de la nieve del invierno o peor aún de caer al vacío. Y tras el frío, el miedo poco a poco desechado, al término de aquella aventura infantil esperaba el caldito del refugio de la Bola y la sonrisa, bajo aquel bigote rubio, del avezado montañero, que mostraba la felicidad de ver a sus pupilos disfrutar del viaje realizado. Así, sin darse cuenta se encuentra en la entrada del mismo bar. Hoy no hay nieve. Por unas pequeñas nubes no se distinguen mucho las cumbres, pero se ve el repetidor de televisión tantas veces señalado. ¡Mira La Bola del Mundo!, decía el tío, con una fuerte exclamación que mostraba admiración y reverencia. Aquellos cohetes blancos y rojos que tanto hicieron volar la imaginación del niño que había sido. Que se parecían al cohete en el que Tintín voló a la luna.

Bajando hacia el coche por el telesilla, el dolor del tiempo pasado le invade. Unas lágrimas ruedan por sus mejillas coloradas por el sol de la tarde. Ahora que ya no está todas las montañas llevan un poco de él.

Perdido en los pensamientos y con un poco de tristeza, al salir del aparcamiento rueda hacia la derecha; Pto. Cotos – Rascafría. Los pinares del parque de la sierra de Guadarrama le invitan a seguir. El color teja de los troncos pelados y el verde oscuro de las agujas colorean los bordes del camino. A cada curva se siente más integrado. El gris del gneis asoma de cuando en vez entre las masas arbóreas. Reduce la velocidad, en el ánimo, quizá inventando y esperanzado, de detectar una cabra montesa en un risco o al menos un corzo entre el follaje. Pasada la estación del ferrocarril, llega al Puerto de Cotos. Aquella antigua estación de esquí, ya cerrada y que fue lugar de esparcimiento en trineos, incluso improvisados, recién estrenada la madurez. En Cotos, recuerda, fue aquella excursión que su amigo David planeó en unas vacaciones. En aquellos veraneos de tres meses donde no había lugar para el aburrimiento, aún a pesar de haber tiempo para ello. Una excursión a la Laguna de Peñalara. Lo recuerda muy bien aún pasados los años. Cinco amigos y una subida. ¡Qué subida y a qué ritmo! Cuatro echando prácticamente el bofe y el inductor, subiendo tranquilamente, como si de un paseo se tratara. En línea recta para tardar menos - decía. Todos subían por una ladera plagada de pinos prácticamente reptando. Hoy David recorre las montañas igual que entonces. Las corre. Se ha convertido en un profesional de la carrera por montaña y su amor hacia éstas va en aumento. También conoció al tío y escaló alguna vez con él. Al llegar a la Laguna el sol del verano calentó los sudores fríos nacidos de la caminata, los verdes claros de la pradera contrastaban con el pedregal del granito y contemplar la laguna grande oscura y amarronada pero de aguas transparentes, fue un premio suficiente para aquella partida. Bebieron el agua helada y pura que entre los líquenes y el musgo generaban los regatos que manaban hacía el valle, incluso a pesar de las advertencias que hizo alguno sobre la posibilidad de que contuviera bacterias dañinas. No es capaz de localizar un recuerdo de haberlo pasado mal después de aquello. Lo contrario. Recuerda que bebieron del comienzo del Lozoya. Bebieron de su río. El río que se unió a la Sierra de Guadarrama para

dar forma a su vida. Las aguas que, en parte, también habían conformado su carácter. La Sierra de Guadarrama y el Lozoya eran sus límites vitales. Hoy, en el Centro de Visitantes e Información de Peñalara le cuentan que ya no hay acceso directo a la Laguna. Que está protegida. Y el recuerdo feliz de aquel día estival acude de nuevo a su memoria, lamentando que las generaciones venideras, por la mala actitud de la presente, no puedan experimentar el mismo gozo, la misma libertad.

Se va haciendo tarde pero ha decidido hacer una última visita. Luego recorrerá algún kilómetro más de regreso, pero hoy debe terminar el recorrido. Sale en dirección a Rascafría, conduce sin prisa. El piorno, los pinos, las crestas empedradas y algunos tejos se muestran a su paso. ¿Cómo olvidar la visita con sus padres al Tejo de Barondillo? Ese árbol milenario enclavado en la sierra, con sus raíces retorcidas incrustadas entre las piedras, fijando y reafirmando su pertenencia al lugar. Y con su tronco hueco con el que parece querer albergar a quien precise la protección de la sierra. Las presillas del Paular a la derecha, canalizan y retienen ya al Lozoya, le restan brío a este río que es fuente y quita sed de Madrid. A poca distancia el Monasterio, hoy benedictino, de Santa María del Paular con su impresionante retablo y su reja cartujana, se alza solemne entre los bosques. Comienza el descenso por el valle del Lozoya, dejando atrás pueblos y pinares. Ve el desvío al Puerto de Navafría al llegar a Lozoya y se acuerda de la historia de la accidentada bajada que le contó un primo de su padre con un antiguo camión prácticamente sin frenos, pero rememora además el cochifrito que es la especialidad que sirven en el pueblo ya pasado el puerto en la vertiente segoviana de la sierra. Y pasando al valle medio del Lozoya, con las montañas un poco en la lejanía y rodeado por esa sierra de Guadarrama imponente llega al pueblo que le vio crecer; Buitrago del Lozoya. Muralla contra el río. Piedra contra el agua. Fortaleza rodeada pero no inundada. Rememora Buitrago. Familia. Amigos. Amores. Pérdidas. Todo se lo dio y poco le quitó. Sigue en parte aquí. Hay memoria, hay sangre que ata al lugar y huesos que honrar. Pero, las murallas quedarán para otro momento. En otro movimiento prácticamente improvisado, al tomar el desvío de la autovía gira hacia la presa de Río Sequillo. Y conduce por caminos que empolvan el parabrisas del automóvil. Las piedras recogidas

por generaciones, graníticas y feldespáticas, con aquellos brillos de mica que en la más tierna niñez adoraba encontrar en los guijarros, delimitan tanto el camino como las fincas. Se detiene frente a una de ellas. Los muros limítrofes aún mantienen enhiesto el alambre de espino que colocado hace generaciones supura un anaranjado oxido, por lo que, evitando dañarse, salta la pequeña valla de red metálica que conforma la puerta. Paseando entre los pinos traídos por su tío de lugares tan distintos como los Pirineos o los Alpes y los plantados por sus padres con simientes autóctonas serranas, que fueron creciendo sin cuidado y que han formado un curioso y pequeño bosque, llega al final de la finca acercándose hacia un pozo de ladrillo. Apoyado en uno de los muretes que conforman el pozo, del que se resquebrajan algunas piedrecitas desconchadas de cemento, contempla el ocaso. Observa el río, manso, embalsado y al fondo la impresionante sierra de Guadarrama. Recta, suavizada, en la llamada por esos lares “Horizontal” y que cuya toponimia real engloba distintos Reajos, serranía que comienza de nuevo su ascenso hacia el puerto de Somosierra y la Sierra del Rincón. Y entonces recuerda sus carreras de pequeño, entre las altas matas de tomates y guisantes convenientemente empaladas. Y tomar los tomates de la mata, para comerlos sin lavar siquiera y una vez cortados a la mitad con un poco de sal. Recuerda acarrear cubitos de agua para regar las cebollas, “dulces” como la miel, que harían llorar más tarde, a la hora de cocinarlas, a su abuela, tía o madre. Y también como un día su abuelo le enseñó a plantar un árbol. Y ve aquel melocotonero, viejo y ajado, que nació del hoyo excavado con sus pequeñas manos, resistiendo heladas y sin que sepa si alguna vez dio fruto. Y se acuerda de sentarse, entre los tomillos y espigas, sobre la barriga de su padre, como hoy lo hace con él su hijo en una playa del norte.

Los destellos sonrosados de un sol poniente entre las brumosas nubes anuncian el final del día. Aun no se habrá ocultado en su casa. Desde esa atalaya privilegiada, ve el agua, el bosque y la piedra. Esa Sierra que siempre fue y sigue siendo su hogar. Rehace el camino andado, sube en el coche y pone rumbo al mar.